

la naturaleza; el que la contempla poseído de una triste melancolía, no la mirará risueña y cubierta de verdura, sino melancólica y sublime. Por eso el hombre, que cuando se contempló á sí mismo, fue grave y melancólico, la miró grave y melancólica también. Y ved, señores, la primera diferencia que existe entre el modo que tuvieron los griegos de considerarla, y la manera como la consideraron nuestros padres. Como aquellos solo conocian los objetos exteriores, que son fijos y determinados, sus producciones fueron fijas y determinadas también: como estos solo meditaron sobre el hombre, en quien todo es duda y vacilacion, sus producciones tuvieron ese caracter de vago, de indeciso y vacilante, que tanto nos agrada, porque es conforme al misterio de nuestro corazon y de nuestra sensibilidad. Los dioses de los griegos obran en sus producciones de un modo necesario é irresistible; porque los seres físicos, como eran ellos, puestos en movimiento una vez, no retroceden nunca de su primera direccion. El verdadero Dios que nuestros padres conocieron, se rige y nos gobierna por distintas leyes: él no obra en nosotros de ese modo físico y necesario; porque nos ha dado la libertad con la existencia. Los crueles combates de la incertidumbre y de la duda han sucedido en nuestra poesía á la yerta, aunque pesada mano de la Fatalidad. ¡Qué principio tan fecundo en situaciones trágicas é interesantes! El hombre del paganismo era arrastrado por una mano de hierro á todas sus acciones: el del Cristianismo lucha, y lucha solo con la adversidad y el infortunio; y presenta á la contemplacion del hombre sensible el espectáculo grande y magestuoso del combate que sostiene, apoyado en sus virtudes, contra las tentaciones que le cercan, y las pasiones que le agitan. Entonces, replegándonos sobre nosotros mismos, observamos en el silencio de la meditacion el caos insondable y misterioso del hombre, donde al través de alguna luz dudosa que brilla vacilante en medio de la noche que nos cubre, solo vemos toda su debilidad en medio de su grandeza; toda su altura en medio de su pequeñez. Entonces en fin, observando cómo todas nuestras ideas y todos nuestros principios adquieren un caracter de sistema y de unidad, aprendemos á conocernos á nosotros mismos; y dejando el estudio

de las acciones, que constituye los caracteres, empezamos á meditar sobre los caracteres, que forman á los hombres. La unidad de caracter debe suceder en el teatro moderno á la unidad de accion, que los griegos habian establecido; y como la multitud de acciones que pueden ser necesarias para desenvolver un caracter, no se pueden limitar ni á un tiempo ni á un lugar determinado, estas unidades no deben observarse entre nosotros, para no romper la misma verosimilitud que las estableciera entre los griegos.

Vosotros observais sin duda, señores, la distancia inmensa que existe entre el estado de perfeccion que tenia el espíritu humano entre los griegos, y el estado de perfeccion que presenta entre nosotros: distancia inmensa, pero al mismo tiempo necesaria, porque ha sido producida por la marcha constante de los siglos y la fuerza irresistible de las cosas. En vano la superficialidad y el pedantismo levantarán su voz, y con su voz sus sofismas: estos se desvanecerán como el humo ante el raciocinio del filósofo, y ante la vista de un profundo observador. En vano revestidos del sobrecejo escolástico que les acompaña siempre, gritarán que la naturaleza es una en todos tiempos, y que la poesía es el arte de imitarla. ¡Insensatos! ¡Cuándo abandonaréis por la solidez de la razon la puerilidad de vuestras declamaciones! Sabed, para confundir vuestra ignorancia, que la naturaleza, en cuyo nombre tanto delirais, está cubierta con un velo impenetrable á vuestros ojos, como lo está á los de la razon y la filosofía: sabed que solo conocemos nuestras sensaciones, y que ellas son para nosotros la naturaleza: sabed, en fin, y es por cierto vergonzoso que no lo conozcais, que sienten de distinto modo el hombre de la Grecia que se embriaga con aromas, y el hombre de la barbarie que se baña con su llanto. Y si sienten de distinto modo, y nuestras sensaciones son para nosotros la naturaleza, ¿por qué estravio de vuestra razon delirante la naturaleza siempre es una misma? ¿por qué estravio, mas inconcebible aun, si solo pintamos lo que sentimos, y solo sentimos nuestras sensaciones, la poesía será para vosotros un arte de imitacion? ¿Se imita acaso lo que se siente? No, señores: vosotros sabeis que lo que se siente, se espresa; y que la poesía no es otra cosa que la espresion

enérgica de las sensaciones, que habiendo herido fuertemente nuestra imaginación, se revisten en nosotros de aquel carácter de grandeza y de sublimidad que nos arrastra á la contemplación muda y silenciosa de todo lo bello, lo ideal y lo sublime. La historia de la poesía es la historia de nuestras sensaciones. Toda revolución en la facultad de sentir produce necesariamente otra revolución en la facultad de pintar. ¿Y sentirían del mismo modo los filósofos del Pórtico y del Liceo, y los Césares romanos que los bárbaros de la Francia de dos Córtes y los reyes de la larga cabellera?

Yo me he detenido quizás demasiado en esta revolución moral que separa para siempre la moderna de la antigua civilización, imprimiendo un carácter tan contrario en todas sus producciones; pero vosotros conocéis que es tan imposible hablar acertadamente de los siglos modernos sin conocer su carácter, como conocerle sin haber antes recorrido la revolución que les ha dado su impulso y que les ha señalado su carrera. Del exámen de esta revolución resulta el conocimiento de muchas proposiciones que hasta ahora han estado sujetas á interminables disputas y continuas cavilidades.

He presentado á vuestra consideración el único principio de donde nace todo el sistema literario de la Grecia: y vosotros habeis visto que él era de absoluta necesidad en el estado de perfección que entonces tenia el espíritu humano. Dando despues una ojeada por la Europa moderna, he probado que la revolución política que la sepultó en la barbarie, produjo una revolución moral, que uniendo su influencia á la influencia de los siglos, hizo variar en su marcha y en su objeto nuestra facultad de sentir, creando un principio absolutamente contrario al de los griegos, y de una necesidad tan absoluta como la que entre ellos existiera. Haciendo despues un resúmen del sistema literario de nuestros padres y del sistema que la Grecia profesaba, habeis observado que eran tan contrarios entre sí como los principios que los habian producido; pero los principios que los habian producido, fueron absolutamente necesarios. Sin esa contrariedad que existe entre ellos, y que ni quieren ni pueden concebir los espíritus superficiales, la marcha de los siglos estaba

detenida para siempre, ó hubieran retrogradado en todos sus movimientos y revoluciones.

Ya solo nos resta, para llegar á la época brillante en que la Europa sacudida despertó del profundo letargo que por tanto tiempo la oprimiera, echar una rápida ojeada sobre la cima de los acontecimientos que la arrancaron al fin del seno de la barbarie y de la degradación. No es mi ánimo, señores, presentar á vuestra vista el cuadro histórico de estos tiempos, señalando todas las causas parciales que contribuyeron con su poderosa influencia á acelerar una revolución tan feliz. El objeto de este discurso es solo considerar las grandes revoluciones que establecen el encadenamiento necesario de las cosas y la marcha constante y progresiva de los siglos.

Cuando los bárbaros del Norte destruyeron el imperio de Occidente, recibieron la religion cristiana de los pueblos conquistados. Ella se habia hecho igualmente necesaria para los vencidos y para los vencedores; porque es igualmente necesaria para la degradación y la barbarie. Los Romanos envilecidos no habian dejado de ser hombres; y mientras lo sean, abrigarán en su seno el gérmen de todas las virtudes, como el gérmen de la corrupción y los delitos. Pero estando aquellas enlazadas entre sí por una cadena invisible, el que es capaz de una sola, puede recorrer toda la cadena que las une: el que practique las primeras es el justo, como el que practique las segundas es el héroe: y como no hay hombre, por degradado que sea, que no tenga una virtud, el hombre mas degradado puede poseerlas todas, y aspirar á la heroicidad y á la grandeza. Y ved, señores, cómo en el corazón humano existe una fuerza innata que nos conduce á todo lo que es grande y heróico; cómo hay un sentido moral que nos hace percibir lo bello, lo justo y lo sublime. El hombre ha nacido para ponerse en acción continuamente: si se goza en los contrastes, es porque ellos le ponen en movimiento, sacudiéndole con toda su energía en medio de la inercia que le oprime.

El pueblo Romano, embriagado con su poder y agoviado con sus triunfos, habia perdido su existencia, que pasó con sus acciones. La Religion cristiana, presentándole en vez de la molicie en que yacía, la austeridad del Evangelio, y en vez de la corrupción que le

abrumaba, la virtud y el heroísmo, desenvolvió en él el germen sagrado de la heroicidad, que por la fuerza de los contrastes le arrancó de su letargo y sus deleites, para darle nueva vida en la soledad y en el desierto. Entonces los emperadores dejaron de ceñirse con laureles para ceñirse con cilicios, y abandonaron la púrpura romana por el sayal del hermitaño. Si pasais de la consideracion del imperio á la de los pueblos del Norte, observareis que eran melancólicos y feroces como todos los salvajes. Ellos debieron abrazar una religion, que siendo elevada y sublime en sus misterios, grave y austera en sus predicaciones, y haciéndoles pensar mas en el silencio del sepulcro que en el torbellino de la vida, alimentaba su caracter melancólico y sombrío, y daba una direccion determinada á sus costumbres, puliendo en cierto modo su selvaticidad y ablandando su rudeza. Así, entre dos pueblos contrarios por sus costumbres, por la marcha de sus ideas y por sus intituciones, la religion cristiana establece un lazo que los une, y que debe arrancarlos para siempre de la dégradacion y de la barbarie.

Devorada la Europa por el mónstruo del feudalismo, y combatida por todos los azotes del envilecimiento y la miseria, no encontraba ni fuerza para resistir á la opresion, ni esperanza para sacudir la de su cuello. Los pueblos que la sujetaron á su yugo, perdieron su entusiasmo cuando nada tuvieron que conquistar; y ella, cuando doblegó su frente á la servidumbre, ya no le tenia: y como solo el entusiasmo puede lanzar á las naciones del seno de la degradacion y la miseria al seno de la virtud y la abundancia, si la Europa no encuentra este fuego que la inflame, la Europa está borrada por el dedo de la Providencia del libro de la vida. ¿Y dónde le encontrará? No hay entusiasmo sin reunion de intereses, ni reunion de intereses sin mútuas relaciones; y la Europa no tenia un interes político comun, por que no tenia ni relaciones políticas ni necesidades comunes; pero su religion era una, uno el gefe de la iglesia, uno el interes de la religion, y uno el interes de los cristianos. Esto basta: ó el fuego que puede arrancarla de su ignorancia ya no existe, ó reposa moribundo en los altares. Un monje llamado Pedro el Hermitaño marcha en peregrinacion al santo sepulcro, cuando el dominio de

los Turcos habia sucedido al dominio de los Califas, en los santos lugares: el espectáculo de los peregrinos, vejados por aquellos bárbaros dominadores, llena de indignacion al entusiasta Pedro; y surcando una lágrima ardiente su mejilla y bajando hasta el sepulcro del Salvador de los hombres, jura lavarle con la sangre de los tiranos que le huellan: su juramento es aceptado: vuela, truena en medio de la Europa, y la Europa sacude el letargo que la oprime; á su voz se enciende la antorcha del entusiasmo y de la guerra, y la Europa cae desplomada sobre el Asia que la devora en su seno.

Esta revolucion, señores, marcó por fortuna el principio de nuestra felicidad, mostrándonos, en un horizonte oscuro y lejano todavía, al mónstruo del feudalismo que muere, y al estandarte de la ilustracion que se despliega. Las naciones de Europa, desconocidas poco antes á sí mismas, se estrechan con los lazos de un interes comun: sus costumbres rudas y salvajes pierden su selvaticidad, su rudeza en medio del Asia afeminada, y en medio de su voluptuosidad y sus deleites. El esplendor de la corte del generoso Saladino introdujo en Europa un fausto desconocido hasta entonces; y los bárbaros que la oprimian, empezaron á pensar en el lujo y las riquezas mas bien que en la opresion y en su engrandecimiento. El espectáculo en fin de los pueblos comerciantes que visitaron en su carrera, les hizo aspirar al comercio que enriquece á las naciones. El efecto que esta revolucion produjo en el gobierno interior de la Europa, no fué menos saludable para los pueblos oprimidos. Cuando sus señores se aprestaron á la conquista de Tierra Santa, tuvieron que asegurar muchas de sus tierras para remediar á sus necesidades. Los reyes, aprovechándose de tan favorable coyuntura, estendieron por todas partes su poder; y los pueblos se vieron libres, con la proteccion del trono, de su horrorosa tiranía.

Las Cruzadas no introdujeron en Europa la civilizacion, lanzando de su seno la barbarie; pero si, introdujeron el entusiasmo que hace germinar todas la virtudes, y da su impulso á todos los talentos. El deseo de ilustrarse es un paso para la ilustracion; y este deseo le habia adquirido con el comercio de naciones ilustradas. El genio de la invencion y de las luces no tardará en estenderse sobre Eu-

ropa : la brújula la trazará un camino en la noche de los mares : el descubrimiento de las pandectas y del código de Justiniano la trazará una senda luminosa en medio del caos profundo de las leyes : la Universidad de Bolonia será establecida , y el estudio de la jurisprudencia prestará mas lustre que el ejercicio de las armas : la invencion de la imprenta abrirá nuevos caminos á las luces para que puedan estenderse : la destruccion del imperio de Oriente hará refluir hácia el seno de la Italia las ciencias y las artes, que arrancadas á su pesar de la ciudad eterna por el corriente devastador á que nada pudo resistir, serán otra vez conducidas á su seno por la mano del destino , para seguir las huellas gloriosas de su carro triunfador , ó sepultarse para siempre en sus ruinas.

Las constituciones políticas de las naciones de Europa marcharán al nivel de tan grandes descubrimientos : Cárlos VII y Luis XI levantarán en Francia el estandarte de la monarquía sobre los escombros del feudalismo . Enrique VII y Enrique VIII doblegarán en Inglaterra la orgullosa cerviz de aquellos barones codiciosos : y bajo las augustas banderas de Isabel y de Fernando levantará su esclarecida frente la vencedora España ; y conducida por manos tan felices, será de un peso decisivo en la balanza de la Europa . Las guerras de Italia, y las pretensiones sobre ella de Francia, de España y del imperio estrecharán los lazos de estas naciones ; y en el seno de unas guerra, que durarán largo tiempo , se formará ese equilibrio de la Europa, por el cual está asegurada la existencia política de cada una de las naciones que la constituyen , sucediendo la voz de la razon á la voz del entusiasmo, y el espíritu de comercio y transacciones diplomáticas al espíritu de destruccion y de conquista.

Así aparecerá la Europa en el siglo xvi, vestida con su gala y su esplendor en medio de su juventud y lozanía ; pero aun á fines del siglo xiii y principios del xiv aparece un coloso , cuyas proporciones gigantescas se destruyen en medio de la oscuridad de la barbarie , y se ostenta mayor que el siglo que le mecía en su cuna, y el siglo que le condujo al sepulcro . Parece que la naturaleza está ocupada desde la destruccion del imperio romano en reunir los gérmenes que debían producir un genio inmortal , que ni tuvo modelos,

ni ha tenido imitadores . Homero fué inspirado por las grandes acciones de sus padres ; la naturaleza , pura todavía , le abrió su seno virginal , y le enriqueció con sus tesoros : el idioma de la Grecia le halagó con sus encantos , y su religion le abandonó sus ilusiones . Dante está solo , apoyado de su genio en medio de la naturaleza ; pero su genio es bastante para elevarle á las regiones de lo ideal y lo sublime : él se remonta como la reina de las aves , desprecia la llama que no basta á su entusiasmo , y prefiere al brillo pasajero de las flores la eternidad de las rocas , y al encanto melodioso de los cisnes el bramido salvaje de los mares . Aprisionada su imaginacion en medio de la naturaleza , rompe sus cadenas , se lanza en el seno de los mundos desconocidos y sin límites ; y en medio de la eternidad de los siglos , contempla silencioso la eternidad de los placeres y la eternidad de los tormentos . Siempre melancólico y sublime como la naturaleza y como el hombre , desprecia desde su altura la pequeñez del aparato y la elegancia : sus acentos son rudos y salvajes, su marcha rápida y concisa, su estilo grave y sentencioso ; es sublime en la pintura del dolor en medio de la monotonía de su estilo ; O fuerza de la inspiracion y del genio ! tú sola pudiste conducir el pincel de Dante cuando grabó aquellas terribles y monótonas palabras en la mansion de los que gimen : ellas están grabadas en mi corazon , y atruenan de continuo mis oidos.

Así , señores , la naturaleza que pareció adormecida tanto tiempo , sacudió de repente su letargo , y se ostentó mas sublime saliendo del seno de la barbarie , que lo fuera entre los griegos en el seno de la civilizacion . *La divina comedia* está marcada con el carácter que se formó la Europa en medio del feudalismo , y sellada con el sello de la grandeza y de la originalidad . El enamorado Petrarca no entonará tan elevados cantares : él no se repósará en las desnudas frentes de las rocas para excitarse al canto con el horror de la tempestad y el bramido de los vientos ; pero adormecido al blando susurro de una fuente querida de su corazon , sus ondas refrescarán sus laureles , y su trémula mano hará gemir las cuerdas temblantes de su lira con el amado nombre de su Laura . Él fue el primero que introdujo la dulzura de la amistad en el entusiasmo

del amor, saboreando todas sus delicias : él fue el primero que hizo suceder al furor físico el éxtasis moral , que con tintas tan delicadas y suaves trasladó á sus producciones : su imaginacion ardiente le arrebató alguna vez fuera del círculo trazado al amor por la mano de la naturaleza, lanzándole en el laberinto de una metafísica ininteligible ; pero perdonemos sus pequeños lunares al genio inmortal que fue el primero que conoció aquella correspondencia misteriosa de dos almas que se entienden y vuelan á confundirse en el seno de la eternidad , como se confunden sus suspiros , ó como se confunden los sonos que despiden dos arpas sacudidas. Sí , señores ; Petrarca , á pesar de sus defectos , ha revelado á la Europa el secreto del amor , delicia y tormento de su alma , y que ni pintaron ni conocieron los antiguos.

Vosotros habeis visto á Dante inspirado solamente por su elevacion y su grandeza , y á Petrarca por su amor y su melancolía. Ariosto no está subyugado ni por su caracter , ni por sus pasiones : él se presenta en medio de la naturaleza que le adorna con todos sus matices : ninguna sensacion se graba en él profundamente ; pero todas , al deslizarse por su seno , graban en él la variedad de sus colores : siente con todos sus sentidos , y pinta con todos los pinceles : nada llama exclusivamente su atencion ; pero lo siente todo : los cuadros que presenta , son como los fantasmas que se engrandecen á nuestra vista en medio de la dulce ilusion de un breve sueño ; nos arrojamós á abrazarlos , y sus formas retirándose de nosotros , se ocultan en un horizonte dudoso y transparente : nos acercamos mas , la ilusion pasa , y ya no existe. Su Orlando furioso no produce una sensacion de dolor ó de placer determinada ; pero , sí , aquella sensacion de vaguedad siempre dulce y deleitosa que experimentamos , cuando embriagados todos los sentidos en un éxtasis profundo , contemplamos con arrobamiento un paisaje encantador , y contentos de nosotros mismos , nos dejamos llevar de las ilusiones que nos cercan , como las ondas dulces y suaves de la fuente que susurra á nuestro lado : la suave armonía , la elegante facilidad son las dotes de su estilo : las acciones caballerosas y galantes de su tiempo son el genio que le inspira : su pin-

cel está empapado en las tintas del Oriente , y su imaginacion engalanada con la riqueza del iris. Él es el mas original de todos los escritores , y el mas inimitable de todos los poetas ; pero no subyugado por nada , todos dirian al ver su facilidad , que él es superior aun á su mismo genio.

Yo aparto mi vista con dolor de este espectáculo para fijarla en el cuadro melancólico del poeta mas grande como el mas desgraciado de la Europa. ¡ Cantor divino de la Jerusalem ; gloria de Sorrento y de la Italia ! ¿ Qué musa te acompañó en tus gemidos , y te inspiró en tus cantares ? ¿ Es acaso la musa risueña de la Grecia la que te embriagó con sus aromas , y te ciñó con sus guirnaldas ? ¿ O es la musa melancólica de tu religion la que te muestra con su dedo la fuente de lo grande , y la que baña tu rostro con su llanto ? ¡ Llanto sublime , que humedeciendo las cuerdas de su lira , arranca de su corazon los grandes acentos que le llenan ! Tasso no alcanza á la sublimidad de Dante ; pero tiene una grandeza mas igual y sostenida : no es tan metafísico como Petrarca ; pero su corazon es mas sensible ; él llora en el bosque encantado con Tancredo al oír los gemidos de su dama : llora tambien con Olindo y con Sofronia ; y el que sabe pintar con el pincel de Homero la ferocidad de Argante , sabe tambien pintar en sus acentos pastoriles los interrumpidos sollozos de la sin ventura Herminia. La Jerusalem no presenta ni la variedad de matices , ni la frescura de colores que el Orlando ; pero si , un todo mas sencillo en su concepcion , mas sólido en su base y mas regular en todas sus producciones. Solo á tí , genio sublime , se ha concedido revestir con las formas elegantes de la civilizacion antigua un asunto marcado con el caracter de la moderna civilizacion. Si algun crítico se atreviere alguna vez á medir con su compás la extension de tu talento , ¡ sombra grande y desgraciada ! reposa en el seno de tu esplendor y de tu gloria : su posteridad le juzgará indigno de ajar con su profana mano los laureles que te ciñen.

Tales son los cuatro colosos que se levantan en el renacimiento de las letras para servir de columnas al edificio de la moderna civilizacion ; en vez de ser imitadores , han enseñado á la Europa que al templo de la fama solo conduce el camino de la originalidad . Ellos